

Clemente XII fué el fundador de este museo, que hizo ensanchar Benedicto XIV y enriquecieron algunos de sus sucesores, principalmente Pío VI y Pío VII. El Museo del Capitolio, con su pequeño patio, su angosta escalera y sus reducidos salones sin pinturas ni decoración, no corresponde á la importancia de las magníficas obras que encierra. En el centro del patio lo primero que llama la atención es la célebre estatua colosal del Océano conocida con el nombre de *Marforio*, por haber estado situada cerca del Foro de Marte. A los lados de la estatua se ven dos sátiros en forma de caríatides. Circundando el patio hay algunos bustos y de cada lado un sarcófago; estos monumentos fueron encontrados en las Catacumbas de San Sebastián: aunque son de un trabajo grosero, el de la izquierda es interesante por los detalles que se observan en el grupo de caza que tiene esculpido. A la derecha de la estatua del colosal Marforio hay un pequeño edificio que encierra una estatua chica de la Tierra; ha sido descubierto recientemente y es una obra muy rara y curiosa.

Recorriendo el pórtico del vestíbulo á la izquierda se halla una estatua de Endimión con su perro. Entre otras muchas piedras de mérito es notable la urna adornada con el magnífico bajo-relieve que representa una bacanal: merece mencionarse también la parte inferior de una estatua de rey prisionero, en mármol violado, que se hallaba decorando el arco de Constantino.

Antes de retroceder, al lado derecho del vestíbulo debemos recorrer las salas cuyas puertas quedan al paso, y entrando en la llamada de los bronce, atraerá nuestra atención un caballo y el fragmento de un toro que se supone pertenecieron á los baños públicos llamados *Empelides*; un pie calzado, obra de excelente trabajo; la Diana triforme y el hermoso vaso que Mitrídates, rey del Ponto, había regalado al gimnasio de los Eupatoristas, según lo comprueba la inscripción griega que en él se lee. En la sala siguiente el objeto más notable es el gran sarcófago sobre el cual está representada

la caza del jabalí. En la pieza inmediata hay otros sarcófagos y además la tumba de Sulpicio Máximo.

Volviendo al lado derecho del vestíbulo, nos encontramos con la bella estatua de Diana, cuyas ropas son de acabada perfección; sigue un magnífico bajo-relieve con asuntos de caza, y en frente la estatua del emperador Adriano en traje de sacrificador. Frente á la escalera hay una estatua colosal de un guerrero, en la cual los inteligentes estiman mucho el estilo de la coraza. En el fondo del vestíbulo está el famoso Hércules destruyendo á la hydra.

En la primera de las salas que se hallan por este lado es muy notable un altar cuadrado en el cual están esculpidos los trabajos de Hércules; y pertenece á la época más remota de la Grecia. En esta sala hay varios bustos de personajes, la mayor parte desconocidos, y otra porción de piedras y urnas sacadas de las excavaciones de *Campo Varano*.

La sala siguiente es un libro abierto en el cual está escrita en gruesos caracteres la historia de los muchos emperadores y de los cónsules de Roma, desde Tiberio hasta Teodosio I. Las paredes están cubiertas con lápidas que contienen curiosas inscripciones dispuestas cuidadosamente por orden cronológico. No es menos interesante que las inscripciones el gran sarcófago que se halla en medio de esta sala: los sorprendentes bajo-relieves que lo adornan en todas sus facces, representan una batalla entre los romanos y los galos, que tuvo lugar en el año 225 antes de nuestra Era. La historia dice que fué librada en *Telamone* en Toscana, y es célebre por la muerte de Atilio Régulo, cónsul romano, y por la de Ancoreste, rey de los galos, que se suicidó. Las figuras de los guerreros bárbaros son notables por su parecido con la bella estatua del Gladiador moribundo.

En la tercera sala se encuentra el gran sarcófago llamado de Alejandro Severo, en el cual se hallan esculpidas admirablemente varias escenas de la Hiliada de Homero. Allí se reconoce á Agamenón, á Néstor, á Ulises, á Diómedes y á Calchas. Aquiles está representado en el momento en que es

retenido por Minerva; en otra de las faces del monumento se ve la partida del mismo Aquiles de la isla Sciros, y allí se puede reconocer á Licomedes y á Deidamies; adelante, los griegos le suplican volver al combate, y más allá, se ve á Priamo de rodillas pidiendo la entrega del cuerpo de Hector. En las paredes de la sala hay un disco de mármol adornado con mosaicos y un cuadro de pórfido en medio. Al derredor del disco están representados diversos episodios interesantes de la vida de Aquiles. Otros varios mosaicos y bajo-relieves interesantísimos contiene esta sala, todos relativos á la Mitología y á la historia de la Grecia. Volúmenes enteros podrían escribirse acerca de los asuntos que expresan estas magníficas esculturas é inscripciones, y no acabaríamos si nos detuviésemos en examinarlas minuciosamente. Subiremos por la escalera para recorrer los departamentos del piso superior, que tampoco tendremos tiempo para verlos tan despacio como merecen.

Al ir subiendo la escalera, por fuerza nos hemos de detener para observar en las paredes unos mármoles curiosísimos; son fragmentos del plano de la Roma antigua, descubiertos en el lado occidental del *Fórum pacis*, atrás de la iglesia de San Cosme y San Damián. Son dignos de especial atención los que indican los baños de *Sura*, el pórtico de Octavio, la basílica Emilia, el Grecostris, las basílicas Julia y Ulpia, las termas de Tito, el escenario del teatro de Marcelo, etc.

De esta escalera se pasa á un largo corredor que se llama Galería, lleno de monumentos antiguos; pero antes de recorrerlo debemos entrar en la sala que se encuentra inmediatamente á la derecha. Es llamada la Sala de las Palomas, porque el objeto más precioso que encierra es el admirable mosaico de las Palomas de Furietti, que el cardenal de este apellido encontró en la *Villa Adriana* en Tívoli. Detengámonos á contemplarlo. Sobre un vaso de elegante forma, lleno de agua, se ven paradas en el borde cuatro bellísimas palomas; una está bebiendo el transparente líquido, otra tor-

ciendo el cuello graciosamente lleva el pico á una de sus alas; las otras guardan diferentes actitudes, y las cuatro forman un grupo verdaderamente encantador. Creese que este mosaico es copia del que describe Plinio, como una obra sublime, elogiando á su autor *Sosus*, hábil mosaiquista que lo ejecutó en el pavimento de un templo de Pérgamo.

En esta misma sala se admira un gran vaso de mármol blanco que fué encontrado cerca de la tumba de Cecilia Metella. No puede imaginarse nada más elegante y bello que la forma de este vaso. Realzado con hojas de un relieve fino y discreto, está guarnecido con dos asas que terminan en mascarones, y adornan su base de hemisferio acanalado, bellísimas hojas de acanto. Descansa sobre un pedestal cilíndrico de base octágona; teniendo esculpida la pared en el más hermoso estilo griego, con las doce divinidades del Olimpo.

Es necesario examinar en este salón, la célebre *tabla iliaca*, pequeño bajo-relieve resguardado por un cristal, en donde están representados los principales acontecimientos de la guerra de Troya.

No permaneceremos indiferentes delante de la bellísima estatua de una niña que tiene en su seno una paloma retorciéndose asustada por el silbido de una víbora que se levanta á sus pies. Sorprende que en el paganismo, religión puramente materialista, haya podido el arte figurar, acaso mejor que nosotros, el pudor, la castidad y la inocencia. No parece sino que los artistas antiguos presintieron nuestras virtudes cristianas; porque de otra manera no se concibe como habrían podido expresarlas con tanta delicadeza y representarlas con tan bellos encantos. . . . Pero está convenido que no habremos de mencionar en este museo sino lo más notable. Salgamos otra vez á la Galería.

En esta forzosamente hemos de parar la atención en dos bustos muy bien conservados, el de Marco Aurelio y el de Septimio Severo; debemos detenernos delante de un Júpiter célebre, llamado *della Valle* por el nombre de la familia que lo poseyó; suspenderemos nuestra marcha al pasar frente á

una estatua de Trajano Decio, sentado; y no podremos proseguir nuestro camino cuando nuestros ojos se hayan fijado en un Hércules niño, que estrangula serpientes, colocado sobre un sarcófago en que está esculpido el rapto de Proserpina.

Una elegante rotonda que se llama "El Gabinete," encierra las dos obras más notables de este departamento del museo; *la Venus del Capitolio* y el grupo del *Amor y Psyché*. En tiempo de los Papas, este gabinete era reservado; hoy está abierto al público á las horas en que éste puede visitar los departamentos. No diremos que es edificante el aspecto de esas obras del arte pagano; pero sí nos causa pena declarar que en ellas, como en otras muchas que se encuentran en los museos de Roma, no se ve representada la sensualidad en la repugnante y refinada molicie con que provocan al vicio las obras del arte moderno, especialmente las francesas, que frecuentemente hacen apartar la vista de los aparadores de nuestras tiendas. ¡Triste cosa, que bajo la civilización actual de que tanto blasonamos, haya superado entre nosotros el vicio y la licencia de costumbres á la liviandad del desenfrenado paganismo!

Pasemos á la sala que llaman de los Emperadores, porque en ella están colocados por orden cronológico los bustos de los emperadores y emperatrices hasta el número de 83 figuras. Colección preciosa que ha venido á confirmar los caracteres que la historia nos había transmitido de las personas allí retratadas.

En el centro de esta sala se levanta sobre un pedestal moderno la estatua de una dama romana, que se cree ser la primera Agripina mujer de Germánico, madre de Calígula y abuela de Nerón. Está sentada en una silla curul apoyando un brazo sobre el respaldo en una actitud majestuosa. Su vestido es amplio, pero de una tela bastante fina para producir delicados y numerosos pliegues, que el artista ejecutó libremente con una variedad bien combinada para el efecto óptico. Según que el escultor quiso ocultar ó que resaltaran

las formas del cuerpo, cerraba ó abría los pliegues del mármol, ó bien los comprimía en donde lo demandaba la propiedad. En suma, aquella mujer aparece vestida con telas delgadas que sin embargo de que ocultan completamente las formas femeniles hasta presentar un conjunto que no lastima el pudor más delicado, hacen adivinar un modelado exquisito de un cuerpo escultóricamente perfecto. Difícilmente podrá encontrarse en la escultura griega ropas más bellas y de mejor estilo.

Las paredes de la sala están cubiertas con bajo-relieves muy interesantes; siendo los mejor ejecutados el sueño de Endimión, Perseo librando á Andromedes, y una caza del jabalí de Calidón.

A la sala de los Emperadores sigue la de los Filósofos, colección admirable en la cual 82 bustos en mármol nos representan vivos casi á los más célebres filósofos, poetas y escritores de la antigüedad pagana: Pitágoras, Platón, Diógenes, Sófocles, Aristófanés, Virgilio, Cicerón, Terencio, Apolonio, Arquímedes, Píndaro los más notables, los más auténticos de esos bustos son el del gran orador Demóstenes, el del padre de la medicina, Hipócrates, el del virtuoso Sócrates, y el del eminente poeta Homero. Entre estas figuras pensativas, que están respirando el genio antiguo y la antigua sabiduría, detiéndose con placer la vista en la encantadora cabeza de Aspasia. La bella cortesana que no temía en su tiempo mezclarse en las conversaciones de los filósofos y fué admitida en el consejo de Pericles, ocupa en el museo un lugar de honor entre los grandes hombres que honraban la belleza como la sonrisa de los dioses.

Llegamos al departamento llamado "Gran Salón," y allí nos aguardan magníficas sorpresas. En el centro una estatua colosal de Hércules niño, modelada en basalto. Está colocada entre dos Centauros de mármol gris, que son reputados como obras maestras de la escultura griega en el tiempo de Adriano. De los dos, el uno es viejo y expresa el dolor de tener las manos atadas por detrás; el otro es un joven con la

cara llena de alegría; su brazo derecho está levantado en señal de regocijo; en la mano izquierda tiene el bastón de los pastores y del antebrazo cuelga una piel de cabra. ¡Hermoso privilegio del arte griego! Los seres fantásticos creados por la imaginación de los poetas son representados tan naturales y con una vida tal que se creería en su existencia.

Gran cantidad de obras preciosísimas encierra el Gran Salón; pero haremos notar solamente un Júpiter y un Esculapio en mármol negro antiguo; un Apolo de grande estilo ejecutado en mármol de Paros; el busto colosal de Trajano con la coraza cívica; una bella estatua de Harpócrates, dios del silencio, perfectamente conservada, y dos Amazonas, una herida, manifestando la expresión más noble del dolor, y la otra preparándose para el combate.

No abandonaremos el Gran Salón sin detenernos delante de la estatua de *Hecuba*. Representa este mármol á la viuda de Priamo en los momentos de ver á su hijo Astinax precipitado de lo alto de los muros de Troya. El artista supo conservar la nobleza en la imagen de la decrepitud y un resto de dignidad real en la expresión de la desesperación.

La sala que sigue es llamada "del Fauno," por la estatua del Fauno en la cosecha del vino que descuella en primer término entre las preciosidades que contiene. El Fauno es de rojo antiguo. ¡Hasta en la elección de la piedra estuvo feliz el artista! ¡Qué mármol más apropiado para representar á un hijo de Baco? En cuanto á la ejecución, la sensualidad y la embriaguez se revelan en ese cuerpo, debilitado hasta el punto de parecer doblarse.

Entre las inscripciones que cubren las paredes de la sala, es muy notable una gran tabla de bronce que contiene parte del decreto del Senado que confiere á Vespasiano la autoridad imperial. Este interesante monumento estaba en San Juan de Letrán.

Dos estatuas de niños llaman la atención en esta misma sala. Una, la del que está oprimiendo con sus brazos el cuello de un ganso, y otra el de un muchacho que está sacándo-

se una espina del pie izquierdo. En ambas figuras las formas imperfectas de los niños y la abundancia que pudiéramos llamar superflua de las carnes, han sido para el artista un objeto de especial estudio, en el cual la naturaleza se ve imitada con admirable semejanza.

La última sala es la que llaman del Gladiador. En el centro de ella está la magnífica estatua que generalmente es conocida por el Gladiador moribundo. Evidentemente que este monumento del arte antiguo, en el cual la sublimidad del trabajo es tal que puede competir con las estatuas más insignes, representa un asunto más noble que un gladiador. Esa vil especie de hombres no comenzó á ser favorecida hasta el reinado de Cómodo: sólo en esta época habría podido erigirse semejante estatua; pero el trabajo en ella es puramente griego y muy anterior al reinado de dicho emperador. Observando atentamente la cabeza, el mostacho, los cabellos cortos y erizados y todos los demás accesorios, no puede dudarse que la representación de la estatua es de un gallo y es de presumirse que haya pertenecido á un grupo alusivo á la derrota que sufrieron los galos en su expedición á la Grecia.

Multitud de otras bellísimas esculturas se ven circundando la sala del Gladiador. Es notable una estatua que se conoce con el nombre de Flora: fué encontrada en la villa Adriana juntamente con dos figuras de Antinous de un trabajo perfecto: en una de estas dos el hermoso joven favorito de Adriano está representado con los caracteres de una divinidad egipcia y en proporciones semi-colosales. Una Juno de grandioso estilo, tiene tal expresión que produce el efecto de la misma vida. Una elegante figura de Apolo con su lira en las manos. Un busto del filósofo Zenón. Una bacante con la cabeza adornada con uvas. Una *Psyché* cuyas ropas son modelo de gracia y de sutileza. Una copia en mármol pentélico del famoso Fauno de Praxíteles. Una encantadora cabeza de Ariana.

Terminaremos nuestra revista del Museo del Capitolio, llamando la atención sobre una Vieja bacante que se ve

abrazando una botella de vino. Las arrugas de la piel y los pliegues de la ropa son de un efecto maravilloso y revelan un cincel maestro, para el cual la dureza del mármol no presenta más dificultades que las que á una mano ejercitada pudiera ofrecer la más blanda cera.

Con lo poquísimo que nos hemos permitido apuntar sobre las esculturas del Capitolio, nuestros lectores podrán formarse una idea aproximada de cómo los antiguos variaban el sentimiento y la ejecución de su estatuaria, y el buen resultado que obtenían en todos los géneros; los dioses y los héroes, los hombres y las mujeres, la vejez y la infancia, la sensualidad y el pudor. ¡Arte sublime que sabía elevarse hasta la concepción de los dioses y descender sin degradarse hasta la imitación palpitante de los animales!

CAPÍTULO DÉCIMO.

La subida á Santa María de *Ara-Caeli*.—Impresiones á la vista del panorama de Roma.
—La iglesia.—La Prisión Mamertina.—La Academia de San Lucas.

DEJANDO el Capitolio, descenderemos por la gran escalera de Miguel Angel y tomaremos á la izquierda, la que conduce á la monumental iglesia de *Ara-cæli*. Fatigados de la subida, descansaremos unos minutos apoyándonos en el pretil que cerca el atrio del templo para recrear entretanto la vista con el admirable panorama de la ciudad.

Por donde quiera que se contemple este bello conjunto de edificios antiguos y modernos, ideas grandiosas y sublimes ocuparán la mente; clásicos recuerdos vendrán á la memoria; sentimientos nobles y elevados se despertarán en el corazón. La historia de treinta siglos está allí escrita con gigantescos caracteres, para ser leída claramente por el ojo de menor alcance. Parece que cien generaciones se hallan presentes á la vista del observador, publicando á gritos las mil y mil transformaciones que sufre la humanidad en la sucesión de los tiempos. Una civilización conquistando á la barbarie, y hundiéndose después en ella; unos pueblos dominando á otros, y á poco estos dominando á los vencedores; las artes elevándose á maravillosa altura y después degradándose hasta el envilecimiento, para renacer más tarde, formando nuevos estilos y nuevas escuelas, en relación con el espíritu de la época. Una raza de titanes aniquilando á otra que nació de pigmeos, y sepultando entre las ruinas de sus casas y de sus templos á un pueblo condenado por la Divinidad á